

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 10, 2001-2002

Los nacionalistas argentinos y la sexualidad, 1919-1940

Sandra McGee Deutsch

pp. 107-117

Los nacionalistas argentinos y la sexualidad, 1919-1940

Sandra McGee Deutsch

EN su obra *Hombres en Soledad* (1938), Manuel Gálvez describió el ambiente burgués de Buenos Aires como inmerso en la gratificación inmediata, pleno de coqueteos, cabarets y, en general, placeres carnales. De hecho, uno de sus personajes afirmaba que lo único que Argentina había aportado a la civilización había sido el tango, el cual producía en quienes lo bailaban sentimientos mucho más provocativos que los atléticos bailes norteamericanos de la época. Los sibaritas que habitaban ese mundo carecían de rumbo, heroísmo y espiritualidad. La democracia había envenenado a Argentina en tal grado que ya no podía ser una nación viril; evidentemente, el reino de la carnalidad estaba vinculado a esta forma de gobierno. Solamente la revolución de 1930, encabezada por hombres uniformados, podría haber restaurado el vigor argentino creando un nuevo sistema político autoritario, leal a la jerarquía, la disciplina y la acción, que purificara el país y transformara a su población masculina en verdaderos hombres. Los políticos conservadores decadentes, sin embargo, traicionaron la revolución e impidieron que la misma cambiara el statu quo, y por ello el efímero régimen de Uriburu no pudo cumplir su promesa. Evidentemente, Argentina no había recobrado su virilidad.

En este libro Gálvez hizo referencia a algunos de los temas sexuales que preocupaban a los naciona-

listas. La sexualidad no estaba entre los tópicos principales que atraían la atención de este movimiento político, así que pocas veces la mencionaron o trataron de una manera directa y prolongada. No obstante, uno puede obtener un vislumbre de sus ideas escudriñando sus exposiciones sobre otras de sus preocupaciones, como el orden social o los judíos. Los nacionalistas creían que la base de una nación poderosa era la familia heterosexual, la cual estaba jerárquicamente constituida bajo la autoridad masculina, y preservaba distinciones rígidas entre los papeles del hombre y la mujer. En esta familia ideal, el esposo y la esposa se casaban por el rito católico y dedicaban su unión a objetivos católicos. Uno de ellos era reproducir la raza; otro era proporcionar un desfogue para los peligrosos deseos sexuales y, al mismo tiempo, restringirlos. Si se la dejaba libre o desenfrenada, como en el Buenos Aires descrito por Gálvez, la sensualidad amenazaba con diluir la firmeza masculina y apartar las energías masculinas de las causas más dignas. Paradójicamente, la virilidad genuina no podía coincidir con la sensualidad desenfrenada. Además, las energías sexuales desatadas impulsarían a las mujeres a dejar sus hogares y de ello resultaría un caos moral, el cual a su vez socavaría el orden social. Los enemigos del nacionalismo buscaban debilitar, si no destruir, la virilidad argentina, la familia cristiana y la nación, al promover el reinado de la carne.

Nació en las afueras de Chicago, EE.UU., en 1950. Es titular de cátedra de historia latinoamericana contemporánea en la Universidad de Texas-El Paso. Ha publicado *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League* (1986) y *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939* (1999). Con Ronald Dolkart, compiló *The Argentine Right: Its History and Intellectual Origins, 1910 to the Present* (1993), que acaba de aparecer en castellano en Argentina. Actualmente está escribiendo un libro sobre la historia de mujeres judías en la Argentina.

Antes de considerar las opiniones nacionalistas sobre la sexualidad, hay que definir dicha corriente política. Algunos historiadores dicen que el nacionalismo argentino surgió con la fundación del primer periódico nacionalista, *La Nueva República*, en 1927. Otros sostienen que se originó inmediatamente después de la Semana Trágica de 1919, con la creación de la Liga Patriótica Argentina. En este artículo, vamos a considerar a la Liga, que se opuso a movimientos laborales y de izquierda y cuestionó algunos aspectos de la democracia liberal, como una precursora del nacionalismo. La Liga y el nacionalismo tenían mucho en común, como lo indica su alianza en la revolución de 1930, pero la ideología y las prácticas del movimiento posterior fueron más radicales.

El nacionalismo de los años treinta consistía en innumerables grupos, divididos por diferencias de estilo y creencias, ambiciones personales y rivalidades. El nacionalismo era amorfo, puesto que muchos de sus militantes saltaban de un grupo a otro o pertenecían a varios; algunos, como Gálvez, profesaban creencias nacionalistas pero no se unían a ninguno. Pese a las divisiones y el ocasional sentimiento de rencor entre los nacionalistas en esta década, se puede hablar de un solo movimiento nacionalista, ya que las diversas entidades cooperaban entre sí, llevaban a cabo mítines en común, y se unían para atacar a los radicales, a los socialistas, y a otros supuestos enemigos.

Por otra parte, los nacionalistas compartían ciertas creencias: todos creían hasta cierto punto en el corporativismo, en la hispanidad y en el catolicismo (excepto Leopoldo Lugones), y todos se oponían al liberalismo, a la democracia, al feminismo, al izquierdismo, al imperialismo estadounidense y británico, al cosmopolitismo y a los judíos. El nacionalismo se entiende mejor como una coalición de fuerzas cambiantes de extrema derecha, algunas más radicales que

otras (Deutsch 1999: 207). En cuanto a temas sexuales, sin embargo, parecían concordar.

El precursor anti-laboral del nacionalismo surgió durante los tumultuosos eventos de enero de 1919, denominados la Semana Trágica, una violenta lucha entre los trabajadores, por un lado, y los capitalistas y el estado, por el otro. El ejército ayudó a poner fin a la violencia encabezada por los trabajadores, y el gobierno de Hipólito Yrigoyen actuó como mediador para lograr una solución a la huelga que había desa-

tado el episodio.

Mientras tanto, los porteños de las clases media y alta temían que esta señal de militancia laboral presagara la llegada de la revolución bolchevique a las costas argentinas. Tomando el asunto en sus propias manos, civiles armados patrullaban las calles, atacando a obreros y a inmigrantes judíos, a quienes consideraban sospechosos debido a sus orígenes rusos. Otros crearon milicias para proteger sus vecindarios de posibles ataques izquierdistas. Miembros de estas guardias vecinales, junto con oficiales mili-

tares, clérigos prominentes y hombres y mujeres de sociedad, establecieron la Liga Patriótica Argentina. Encabezados por miembros de la clase alta, las filas de la Liga se componían mayormente de hombres provenientes de la clase media. Tanto las filas como las oficiales del sector femenino de la Liga eran, sin embargo, aristócratas.

En vista de su composición social, no sorprende que esta nueva organización prometiera proteger los intereses de la burguesía contra la amenaza izquierdista. A veces lo hizo por medio de la fuerza bruta, reprimiendo huelgas y manifestaciones públicas de los trabajadores, principalmente en la región litoral y la Patagonia. La Liga también usó medios pacíficos para mantener el statu quo. Mujeres liguistas crearon escuelas para las obreras de fábricas, quienes recibían lecciones de patriotismo, religión y obediencia,



junto con alfabetización, enseñanza de diversos oficios e instrucción para ser mejores amas de casa. Hombres liguistas construyeron una ideología que justificaba la jerarquía socio-económica existente, sosteniendo que no había necesidad de derrocarla, ya que el gobierno, la Iglesia y los empresarios podían remediar sus defectos a través de reformas incrementalísticas. Estaban dispuestos a considerar los méritos del seguro social, la industrialización promovida por el gobierno y hasta una limitada reforma agraria; sin embargo, querían que estas medidas fuesen implementadas desde el poder y no que los desposeídos presionaran para obtenerlas. La Liga propugó esta ideología "práctica" (a diferencia de la teoría utópica izquierdista) a través de discursos, escritos y congresos.

De acuerdo a los voceros liguistas, y especialmente a Manuel Carlés, el presidente de la Liga, los inmigrantes eran los responsables del arribo a la Argentina de las doctrinas malignas del conflicto de clases. No obstante admitía que los extranjeros habían traído consigo algunas cosas positivas, también los culpaba de introducir en el país "inmoralidades y perversiones". El orden social estribaba en la ley, la religión, la familia y la propiedad, y cualquier cosa que debilitara uno de estos pilares minaba la sociedad entera. Los inmigrantes que aceptaban tener relaciones sexuales e hijos fuera del matrimonio amenazaban a la familia y la sociedad. Los hogares que establecían eran inmorales, como también lo eran los hogares caracterizados por las creencias anarquistas o maximalistas; de hecho, Carlés igualaba a ambos. Los anarquistas eran malignos no únicamente por oponerse a la institución oficial del matrimonio, sino también por oponerse al Estado y al capitalismo, puesto que los tres estaban interrelacionados. La tarea de la Liga, desde el punto de vista de Carlés, era "moralizar el hogar y precaver al pueblo de los vicios que adquiere al contacto con los demás pueblos". De aquí la necesidad de tales proyectos como las escuelas para mujeres de la Liga, las cuales inculcaban a las trabajadoras nacidas en el extranjero la importancia de casarse y criar hijos patrióticos. El presidente de la Liga alababa a las madres que enseñaban a sus hijos lecciones valiosas, por ejemplo, cómo resistirse a las pasiones que debilitaban el raciocinio; presuntamente las estudiantes argentinizadas y cristianizadas de las escuelas de la Liga inculcarían a sus hijos tales nociones y así protegerían el orden social (Liga 1927: 52; también ver 1921a: 14, 16).

Carlés veía a los izquierdistas y a los trabajadores que tenían conciencia de su clase social como personas que no se resistían a ningún tipo de pasiones, fueran políticas, criminales o sexuales. Al describir la agitación laboral que tuvo lugar en la pampa en 1917-1921, afirmaba que los huelguistas vagaban

por los campos, intimidando a chacareros, robándoles su dinero, quemando cosechas y violando mujeres (Liga 1920: 41). No se sabe a ciencia cierta si los trabajadores en verdad cometieron estas fechorías. Lo que sí resultaba claro era que, para la Liga, el desafiar el control de los empleadores sobre la fuerza laboral significaba desafiar el control de los mismos sobre sus bienes y sus mujeres. Las mujeres, aparentemente, también eran propiedades. Estos ofensivos hechos eran uno y el mismo: todos socavaban el capitalismo y anunciaban el caos.

Defender la pureza de las virtudes morales argentinas, que Carlés veía como una de las tareas de su organización, significaba más que simplemente defender la institución del matrimonio o reprimir a los trabajadores. Los liguistas creían que los apetitos bajos y el afán de placer dominaban la vida argentina, particularmente en las ciudades, y que era necesario combatirlos. Uno podía hallar tales tendencias en todas partes: en los sensuales clubes aristocráticos, en películas y libros libertinos, en el tango, en los indeseados piropos que los hombres lanzaban a las mujeres en las calles, y hasta en la política. Carlés consideraba a la democracia argentina, al menos bajo los radicales, como peligrosamente sensual. Desde su punto de vista, la Liga tenía que pelear contra "las malas raleas políticas que estimulan todas las concupiscencias de los bajos fondos sociales a cambio del voto electoral" (Liga 1923: 32; también ver 1921b: 3, 10; 1922: 1; 1924: 36; 1928: 453; Lagos 1923: 11). Aparentemente la demagogia despertaba los apetitos de la gente por más servicios, más dinero, y una posición más alta en la sociedad. Inevitablemente, dichos apetitos abarcarían también al sexo.

La respuesta de la Liga a la sensualidad consistía mayormente en exhortaciones al patriotismo, matrimonio, devoción religiosa, educación religiosa en las escuelas y un retorno al estilo de vida austero y varonil del pasado. Evidentemente, tal retórica era insuficiente. Hacia fines de la década del veinte, "las malas raleas políticas" del radicalismo parecían estar arraigadas en el poder. Para los opositores del presidente Yrigoyen, como lo eran los liguistas, las diversas facciones conservadoras y algunos radicales antipersonalistas, la democracia parecía significar una pérdida permanente del control político en favor de quienes, a sus ojos, ocupaban los niveles bajos de la sociedad. Estas fuerzas asociadas con el régimen previo a 1916 no sólo querían regresar al poder por el poder mismo, sino también porque temían que, si no eran restringidas, las pasiones de las masas agitadas por el radicalismo podrían conducir a la inestabilidad o incluso hasta a una revolución izquierdista.

Aparte de los liguistas, también favorecían esta postura los miembros de un nuevo movimiento: los nacionalistas. Influídos por el pensamiento contrarre-

volucionario europeo, así como también por la Liga, los jóvenes nacionalistas rechazaban el liberalismo, el electoralismo, la inmigración y el izquierdismo, y favorecían la idea de un estado poderoso regido por una elite criolla ilustrada. Su respeto por la jerarquía, la disciplina, el corporativismo y la espiritualidad significaba que este estado sería cualquier cosa menos democrático. Las opiniones nacionalistas eran más radicales que las de la Liga, cuya oposición al liberalismo y la democracia eran más sutiles y matizadas. La Liga jamás abrazó el corporativismo o las virtudes marciales como lo hicieron los nacionalistas. A principios de la década de los treinta, la mayoría de los nacionalistas provenían de la clase alta, pero una década más tarde únicamente una minoría era de esa extracción, lo que indica que su capacidad de convocatoria estaba extendiéndose.

Cuando la crisis económica llegó a la Argentina, el ya anciano presidente pareció incapaz de afrontarla, como tampoco pudo enfrentar la creciente disensión política. Aumentaron los llamados a un necesario cambio político, y otros grupos se unieron a la oposición, como, por ejemplo, los oficiales del ejército, quienes conspiraron para derrocarlo. En septiembre de 1930, el general José E. Uriburu y sus fuerzas removieron a Yrigoyen de la presidencia. Influido por y vinculado con los nacionalistas, el intento del presidente Uriburu por implementar sus ideas fracasó, como se mencionó anteriormente. El general Agustín P. Justo, más moderado, asumió la presidencia en 1932, seguido de Roberto M. Ortiz en 1938. Los nacionalistas despreciaban a ambos por considerarlos liberales y corruptos.

Los nacionalistas expresaron algunas de sus opiniones en términos sexuales. Por ejemplo, consideraban que la decrepitud de Yrigoyen era sexual y no únicamente política. De acuerdo a Federico Ibarguren, durante los últimos años de su administración “el senil presidente Yrigoyen, entre tanto, no hacía otra cosa que recibir a correligionarios que lo engañaban y añorar su juventud sexual manoseando a pobres maestras y a postulantes buenas mozas”. Ibarguren afirmaba además que el líder socialista Alfredo Palacios se perturbó al ver las tropas que entraban a Buenos Aires para llevar a cabo la revolución: “La vieja momia se mesaba los bigotes y se arrancaba los pocos pelos que armaban su raleada melena”. El autor nacionalista contrastaba estas imágenes de edad avanzada, perversión y pérdida de hombría con aquellas de un robusto y joven soldado a caballo, quien epitomaba “la juventud, la valentía, la fuerza, la vida” (F. Ibarguren 1969: 33, 50). Aun cuando sólo de manera temporaria, la revolución restauró un sentido de virilidad.

Aunque Uriburu no se ajustaba fácilmente al arquetipo de un fuerte y carismático líder, sus admira-

dores sentían la necesidad de verlo de esta manera. Aun después de su salida de la presidencia y su muerte, los nacionalistas continuaron venerando al general como el epítome de la masculinidad. Por asociación, aquellos que expresaban su lealtad a Uriburu y sus ideales compartían también esta tendencia, al menos así lo creían ellos. Publicistas nacionalistas alababan la virilidad de sus camaradas que desfilaban junto a la tumba de Uriburu en formación militar, rindiendo homenaje a una figura varonil reverenciada como un mártir. Este culto a Uriburu ayudó a crear entre los nacionalistas lo que ellos consideraban como una comunidad de hombres viriles. Otros fascistas alrededor del mundo se veían a sí mismos de manera similar (Finchelstein 2000: esp. 113-131; Mosse 1985: 176).

Sin embargo, el culto a la virilidad nacionalista no había empezado con la revolución de 1930, sino con los discursos del poeta Leopoldo Lugones a principios de la década del veinte. En una conferencia patrocinada por la Liga en 1923, y de conformidad con sus ideales, el ex socialista llamó a purificar al país de su plaga izquierdista extranjera, tarea que los argentinos tendrían que “afrontar virilmente”. Al año siguiente, en un discurso famoso, Lugones proclamó que había llegado “la hora de la espada”. “Armar, combatir, mandar, enseñar” era lo que hacía la vida completa. Las primeras tres palabras eran “expresiones de conquista y de fuerza”; de hecho, “la vida misma es un estado de fuerza”. Peligrosamente pacifista y demagógica, la democracia había socavado la estabilidad, dejando al ejército como la única institución jerárquica de la sociedad. Había que estar listo para enfrentar las probables amenazas al orden: “en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido”. Para ser verdaderamente masculinos, los hombres tendrían que salvar a la nación del caos, asumiendo las virtudes militares. Únicamente de esta manera podrían vivir “la vida superior, que es belleza, esperanza y fuerza” (Lugones en Barbero y Devoto 1983: 55-56). El nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo hizo eco a estos comentarios en 1939, cuando dijo que en esta hora de espadas y cañones todos los varones tenían que prepararse, puesto que el concepto de una nación en armas “hacía de todo hombre en edad viril un guerrero” (Sánchez Sorondo en García y Rodríguez Molas 1988: 147-55).

Los nacionalistas consideraban al hombre viril como puro y austero. Como lo anotó Federico Ibarguren, se oponían al “vacío moral (¡hay que gozar la vida!)... sin otro móvil rector que el del burgués satisfecho”. Juan Carulla, un médico y ex anarquista convertido en nacionalista, desdeñaba el “sensualismo instintivo” de sus compatriotas, que los hacía valorar los bienes materiales por encima de todo lo demás. En lugar de los viejos y malgastados hombres que habían regido a la Argentina, Manuel Gál-

vez quería que los jóvenes gobernarán. Fuertes, fieles, y entusiastas, ellos no eran sensuales ni afeminados. Mofándose de la predisposición argentina por el confort, el placer y la dilación, estos hombres viriles gustaban de la acción y el sacrificio. Hombres de este tipo abundaban en la Alemania nacional-socialista, y Carlos Ibarguren por consiguiente elogiaba su "vigor físico" (F. Ibarguren 1969: 17; Carulla 1931: 46; Gálvez 1934: 7-13, 31-35, 41; C. Ibarguren 1933: 39).

Para los nacionalistas, y también para los nacional-socialistas alemanes, una masculinidad verdaderamente viril requería ejercer la continencia sexual. La falta de control sobre el propio cuerpo era parte de esa misma falta de control que atribuían a los oponentes del orden social. La devoción a la causa nacional absorbería las energías sexuales y merecidamente relegaría lo erótico a la línea secundaria. Como los nacionalistas, los nazis enfatizaban el hogar, la familia y la abnegación, pero aceptaban las relaciones extramaritales entre los llamados "arios" porque la descendencia de tales uniones aumentaría lo que ellos veían como la raza superior. El determinismo racial al estilo de los nacional-socialistas alemanes, encontró pocos adeptos entre los nacionalistas. No obstante estos últimos también querían aumentar el índice de natalidad, no veían con buenos ojos las relaciones sexuales fuera del matrimonio o los nacimientos ilegítimos. La ideología sexual de los nazis revelaba el deseo tanto de reforzar como de destruir la respetabilidad burguesa; por lo menos en lo que se refiere a sus creencias sexuales, los nacionalistas, al parecer, únicamente querían reforzarla (Mosse 1985; Burleigh y Wipperman 1991: 224, 252).

Rígidas distinciones de género ayudarían a mantener este orden burgués. De acuerdo a Salvador Ferla, sus colegas nacionalistas querían "un hombre fuerte, audaz - ¡hombre!" y "la mujer, delicada, conciliadora - ¡mujer!" (Ferla 1947: 49). La insistencia de los nacionalistas en que los hombres eran activos y las mujeres eran pasivas, sugiere que pensaban que estas cualidades se trasladaban también al acto sexual. Al parecer, consideraban que los hombres tenían que controlar sus apetitos sexuales fuera del matrimonio, pero que las mujeres tenían que hacerlo también dentro del mismo. Para los nacionalistas, el sitio de la mujer era el hogar, y su tarea más importante era dar a luz a niños y criarlos. Como esta misión maternal era la esencia de la femineidad, una madre mala o egoísta, inmodesta o impura, o una mujer que no quería ser madre, no era una verdadera mujer.

Sacar a la mujer de los confines del hogar también podría quitarle su femineidad y así poner en peligro el orden social. En 1928 Juan Carulla denunció la práctica del voto femenino en la provincia de San Juan. Hasta los hombres de la derecha parecían fa-

vorecer esta práctica, anotó, porque pensaban que las mujeres eran inherentemente conservadoras y sus votos contrarrestarían algunos de los efectos malignos del sufragio. Carulla no estaba de acuerdo, observando que las mujeres sólo eran conservadoras dentro del hogar: "¡Fuera de ese terreno resulta ella mucho más pasible que el hombre de caer en la anarquía y en el desorden moral". Esto ya estaba pasando en San Juan, donde las mujeres no sólo estaban votando, sino también asistiendo a mítines públicos políticamente inspirados con características "orgiásticas" (*La Nueva República* 1928). La participación en tales eventos podría aflojar la continencia moral, estimular sus apetitos sexuales y promover el desorden en el hogar y en la sociedad en general.

Dentro del hogar, las mujeres inculcaban los roles genéricos a los niños. Si eran buenas madres, instruían a sus hijos a aceptar las normas propias de su género. Mujeres que no eran verdaderamente femeninas, sin embargo, corrían el riesgo de pervertir a sus hijos, de criar a hombres que no eran masculinos o mujeres que no eran femeninas. Así, pues, si uno impugnaba la femineidad de una mujer, por extensión uno estaba impugnando la masculinidad de su hijo.

Por esta razón, los nacionalistas respondían fieramente a insultos contra sus madres. El caso más impresionante sucedió en Córdoba, una de las plazas fuertes de los nacionalistas, donde la Legión Cívica Argentina llevó a cabo una ola de acciones provocativas en 1933. Uno de sus blancos era un franco oponente, José Guevara, diputado socialista de la provincia. Luego de que quemaran la entrada de su casa, Guevara habló públicamente en un mitin anti-fascista, donde acusó a miembros de la Legión Cívica Argentina de ser ladrones y de otros cargos peores. Guevara, mitad en broma, dijo que, no queriendo arruinar sus pechos, las madres de los legionarios los habían privado de la leche materna, y que después se habían vestido en ropas reveladoras y aparecido mitad desnudas en público. Debido, pues, a sus antecedentes familiares, los legionarios eran "degenerados" (*La Frontera* 1933). Enfurecidos por esta afrenta a la femineidad de sus madres y a su propia masculinidad, los nacionalistas asesinaron al socialista, baleándolo por la espalda.

Fortalecer el orden social y sexual significaba combatir al liberalismo y la democracia. Los nacionalistas creían que los intereses individuales deben subordinarse a los intereses de la comunidad, y los derechos individuales a los derechos del Estado. Los liberales habían hecho lo contrario, lo cual debilitaba las instituciones y las tradiciones. En vez de promover el bienestar común, los demócratas liberales habían venerado principios abstractos, tales como la soberanía popular, la libertad y la igualdad, como las metas del gobierno. Su exaltación de teorías y el individualismo

por encima de la patria los hacía enemigos del orden y del bienestar nacional. Experimentar con la organización social para ajustarla al modelo ideal que traían en su imaginación sólo promovía la disolución y la inestabilidad.

Así, también, lo hacía el énfasis liberal en el materialismo y los apetitos que despertaba. Esto inevitablemente conducía al crimen y hasta a la prostitución, afirmaba Benjamín Villafañe. El falso sentido de libertad promovido por el liberalismo fomentaba aún más la inmoralidad, continuaba diciendo el senador pronacionalista, en la forma de “aberraciones” como el feminismo y el “amor libre”. Bajo la democracia liberal, “la satisfacción incondicional de los instintos” se había convertido en el propósito del gobierno, en vez del genuino bienestar del pueblo. El liberalismo era también responsable de la educación secular, la cual había producido ciudadanos que eran seres vacíos, “sibaritas y sensuales” (Villafañe 1935: 26, 103).

Escribiendo en 1930, Leopoldo Lugones estaba de acuerdo con Villafañe en que, bajo la democracia liberal, cualquier ofensa disfrazada bajo el nombre de la libertad era aceptable, siempre y cuando contara con el suficiente apoyo que luego pudiera ser traducido a votos electorales. Así, la capital federal era el sitio de “la industria libre del aborto”. Los abortos y el alto costo de la vida, otra consecuencia de la democracia liberal, había reducido drásticamente el índice de la natalidad. Esta situación, insistía Lugones, creaba hogares infelices y fomentaba la prostitución y otros delitos. Además, la urbanización fomentaba el libertinaje. Las sobrepobladas zonas urbanas servían como imanes para las mujeres jóvenes de provincia, muchas de las cuales se convertían en prostitutas callejeras. De hecho, Buenos Aires era un centro de prostitución y vida nocturna libertina. Las políticas de la democracia liberal que habían fomentado la concentración en las áreas urbanas eran las responsables de tales depravaciones.

El liberalismo argentino también había promovido una inmigración masiva de personas extranjeras, incluyendo algunas cuya presencia dañaba a la nación. Entre ellas estaban los dementes. Según Lugones, más del 60% de los internos en los manicomios del país eran extranjeros. Algunos parecían personas normales cuando arribaban a la Argentina, pero luego vivían libre y promiscuamente, engendrando o dando a luz a muchos hijos, como él creía que los dementes tienden a hacer. Su numerosa prole heredaba sus demencias, propagando así dicha enfermedad en proporciones exponenciales. Por otra parte, las cárceles estaban llenas de extranjeros, incluyendo los culpables de vender pornografía. Una vez más, uno podía culpar al liberalismo de estos problemas sexuales. Y esta ideología aún no había agotado su potencial para el daño, ya que todavía estaba en

su “período orgiástico” (Lugones 1962: 82-3, 89, 178-9, 194-5).

Enrique Osés, quien primero fue editor de *Criterio*, revista de la derecha católica, y después del órgano nacionalista *Crisol*, se unió al coro anti-liberal. En su opinión, el materialismo y la sensualidad, que eran propiedades inherentes del liberalismo, obstruían la viril búsqueda en pos de los ideales espirituales. Así, el liberalismo degradaba a la gente al quitarles su masculinidad y vitalidad. Coincidiendo con Lugones, Osés atribuía la propagación del adulterio, el divorcio y el libertinaje a la democracia liberal. Bajo este tipo de régimen, hombres y mujeres vestían atuendos reveladores en la playa, mientras que los teatros mostraban películas y obras con contenido sexual. Tales exhibiciones lujuriosas robaban a los niños su inocencia (Osés 1968: 27; citado en Buchrucker 1987: 137).

El liberalismo había abierto la puerta al capital extranjero, el cual había propagado la inmoralidad sexual. De acuerdo a Guido Glave, Hollywood estaba sacando a las mujeres del hogar y exponiéndolas a las influencias inmorales. Las amas de casa ya no sabían cómo hacer el dulce de leche porque pasaban el tiempo yendo al cine en vez de dedicarse a las artes del hogar. Las películas que veían mostraban a gente desnuda en conductas lujuriosas, puesto que el capital internacional responsable de producirlas y difundirlas estaba más interesado en ganancias monetarias que en la moral. Así, este producto secundario del liberalismo estaba socavando la femineidad de las mujeres y el hogar (Glave 1936: 86).

La crítica nacionalista de los medios de comunicación se apropiaba de ideas de la Iglesia Católica. En general, la superposición entre el nacionalismo y la Iglesia era tan marcada que a veces no era claro quién había influido a quién; los nacionalistas adoptaban opiniones católicas y líderes católicos se aproximaban a posturas nacionalistas; un ejemplo de ello era el padre Julio Meinvielle.

En la visión católica y nacionalista, el liberalismo y el bolchevismo compartían muchos rasgos. Ambos eran materialistas y se oponían a la religión y la espiritualidad, predicando el reinado del estómago por encima del reinado del alma. Ambos atacaban a la familia, como parte de su estrategia para destruir instituciones; un arma socialista adicional contra la familia era la creencia en el amor libre. Aunque no eran exactamente lo mismo, el liberalismo inexorablemente conducía al bolchevismo, al que consideraban aún más sexualmente pervertido que su antecesor.

Carlos Silveyra, editor de la revista *Clarín*, virulentamente antisemita y pro-nazi, creía que el comunismo buscaba demoler a la familia. El Nacionalismo Argentino estaba de acuerdo con él. Este grupo

surgió en 1932, bajo el liderazgo de José María Rosa, también conocido por su revisionismo histórico. El Nacionalismo Argentino afirmaba abogar por la familia y otras instituciones vitales tal como existían en la realidad y no en un nivel abstracto. En contraste con ello, los izquierdistas querían llevar a cabo una revolución que destruiría a la familia para luego reconstruirla en línea con sus propios planos teóricos, lo cual el Nacionalismo Argentino no creía posible o útil (Nacionalismo Argentino 1935: 7).

Silveyra, Guillermo Gallardo y el padre Dionisio R. Napal explicaban cómo el bolchevismo socavaba a la familia y las costumbres de continencia sexual. Gallardo hacía notar que el grupo al que él pertenecía, la Legión Cívica Argentina, consideraba a la familia cristiana como un elemento esencial del estado argentino. Las familias basadas en la sumisión de los niños a la autoridad paterna constituían la mejor garantía para el orden social, ya que simbolizaban el tipo de sociedad jerárquica que los nacionalistas favorecían. Aquellas sociedades que carecían de esta autoridad, como por ejemplo las comunistas, no podían domar los crudos apetitos y pasiones de las masas, y ello aseguraba su desintegración.

De acuerdo a Napal, el régimen bolchevique había transformado a la familia al convertir el matrimonio y el divorcio en procedimientos informales que no acreaban un compromiso genuino. De hecho, agregaba Silveyra, uno se podía casar y divorciar en la misma oficina de registro civil; le importaba poco al estado cual opción uno escogía. Napal insistía en que el código marital soviético sólo veía al matrimonio a través de un lente biológico, como un simple contrato que “con ruda franqueza sanciona los caprichos y exigencias de la atracción sexual”. En realidad, los ideólogos

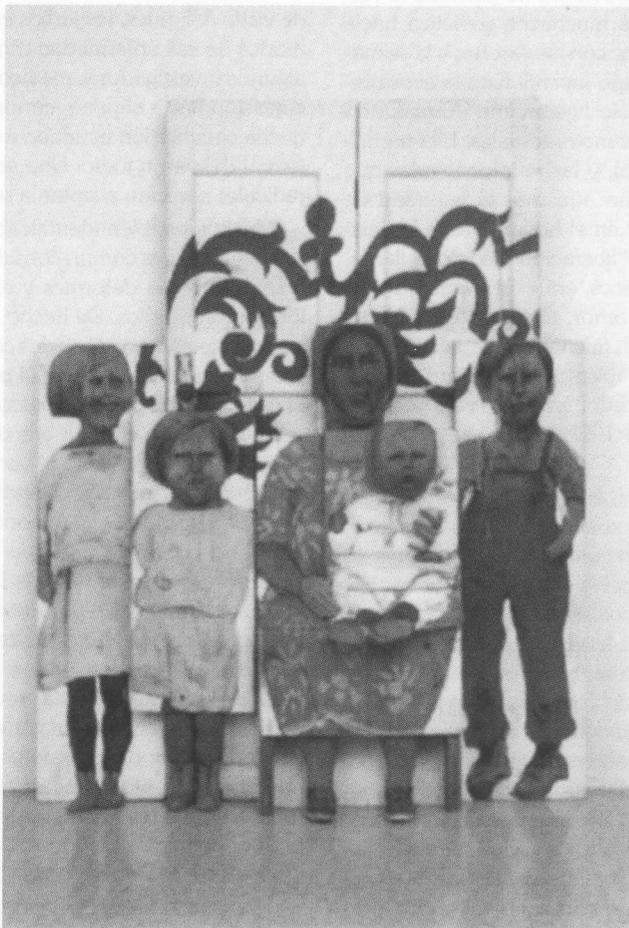
soviéticos aspiraban a abolir el amor porque era un sentimiento antirrevolucionario. El que la poligamia y el incesto corrieran desenfrenados en la Unión Soviética, demostraba “el gran desorden sexual ocasionado por la revolución”. La insinuación era que el desorden sexual significaba desorden social (Napal 1933: 166-71; Silveyra 1936: 107).

En efecto, la Unión Soviética había nacionalizado a las mujeres, tal como había nacionalizado la propiedad privada.

Tanto la propiedad como las mujeres estaban ahora en manos del Estado, en vez de ser la posesión de hombres individuales. De hecho, los nacionalistas parecían estar de acuerdo con Carlés en que bajo el capitalismo las mujeres por derecho eran la propiedad de los hombres, y que el socialismo y el comunismo eran malos en parte porque habían sacado a las mujeres del control de los hombres. Pero las mujeres diferían de las otras formas de propiedad bajo el comunismo. La propiedad poseía un dueño, el Estado; en cambio, las mujeres y sus favores sexuales podían circular libremente. Tal vez esto es lo que los nacionalistas

llamaban el amor libre, al que por supuesto condenaban.

El comunismo había destruido el papel de la familia en la crianza de los niños, así como también el control del hombre sobre la mujer. Gallardo comentó, que bajo ese régimen, los niños crecían en un clima de inestabilidad. El y Silveyra alegaban que el gobierno soviético fríamente quitaba los niños a sus padres y los ponía bajo el tutelaje de instituciones impersonales. Estas instituciones los criaban y educaban en vez de las madres, robando así a la familia sus tradicionales papeles y promoviendo la desintegración social. Los comunistas, insistía Silveyra, no querían que



los niños sintieran la ternura de una madre. En estas escuelas y grupos juveniles coeducacionales, según el editor de *Clarín*, los maestros y administradores alentaban la camaradería como un primer paso hacia las relaciones sexuales, las cuales eran sumamente frecuentes entre los menores comunistas (Gallardo en *Bandera Argentina* 1932; Silveyra 1936: 106-7, 227). Este era sólo un ejemplo de cómo la falta de autoridad paternal conducía al libertinaje sexual.

La vida en la Unión Soviética no permitía la verdadera femineidad. Una muchacha soviética hacía contacto prematuramente con los varones y la sexualidad en la escuela o grupo juvenil. Esto la acostumbraba al sexo casual, sólo ligeramente formalizado por uno o más contratos matrimoniales. Ella participaba en la fuerza laboral, y las reuniones a las que tenía que asistir reducían aún más la cantidad de tiempo que podía pasar en el hogar. Desde la perspectiva nacionalista, su “liberación”, como la llamaban los ideólogos soviéticos, era excesivamente costosa. Ella sacrificaba el amor, el papel doméstico y materno y la femineidad, mientras viajaba en espiral descendente hacia el “abismo”. Como un escritor anónimo lo había aseverado, “ya no merece acariciar a un niño” (*Clarín* 1938) – aunque tuviera la oportunidad de hacerlo.

Para los nacionalistas, el comunismo, el socialismo, el liberalismo y la sexualidad indomada estaban entrelazados – y estaban conectados a los judíos. El antisemitismo podía no ser la característica central de la ideología de los nacionalistas, pero se superponía con muchos asuntos que les preocupaban, incluyendo los de naturaleza sexual. Hitler y los nacional-socialistas alemanes también asociaban a los judíos con la trata de blancas, la pornografía y el comportamiento libertino, así como también con las tendencias políticas que ellos y los nacionalistas argentinos aborrecían. Algunos argentinos de otras convicciones políticas también tendían a ver a los judíos como sexualmente desviados, pero, a diferencia de los nacionalistas, no los identificaban con el liberalismo y el izquierdismo, a los que tampoco condenaban.

Al vincular a los judíos con la perversión sexual, los fascistas europeos y sus contrapartes argentinas se basaban en una serie de creencias que databan de muchos años atrás. Numerosos científicos, pensadores y escritores europeos veían al hombre judío como afeminado o mujeril, “the altered form of his circumcised genitalia reflecting the form analogous to that of the woman”, como lo dijo Sander Gilman (1991: 76). El hecho de estar circuncidados los hacía sexualmente distintos y, por tanto, los convertían en “el Otro”; uno podía esperar de ellos cualquier perversidad. Como las mujeres, los judíos eran propensos a conductas hipersexuales, lo cual estaba vinculado a la histeria. Más aún, la histeria en general era una ca-

racterística de la frenética vida urbana, como también lo era la sexualidad desviada, y los judíos eran el arquetipo del habitante urbano. La práctica judía de casarse dentro del grupo sólo reforzaba y multiplicaba rasgos como los excesos sexuales, las neurosis y el afeminamiento entre sus descendientes. Mientras los científicos debatían sobre si la circuncisión promovía o prevenía las enfermedades, y si los judíos eran en consecuencia más o menos propensos a contraerlas, los extremistas de derecha adoptaron el primer punto de vista. Así, pues, los judíos eran los portadores primarios de esa enfermedad mortal. Además, aunque algunos investigadores médicos pensaban que la circuncisión hacía al pene menos sensible, otros creían que la circuncisión ayudaba a explicar la proclividad sexual del varón judío. Una vez más, los derechistas radicales parecían aceptar la segunda noción.

Muchos también identificaban a los judíos con la prostitución. Era común considerar los genitales de la prostituta como deformes y enfermos, como los de los hombres judíos. De hecho, tanto los judíos como las prostitutas eran asociados con la sífilis. Ambos representaban al Otro sexual, el peligro que amenazaba el orden sexual y social, puesto que, para ambos, el sexo y el dinero estaban entrelazados: las prostitutas comercializaban el sexo al vender sus cuerpos y sus servicios, y los judíos sexualizaban el capital. Esta noción sobre los judíos se remonta a la censura católica contra el cobro de intereses sobre préstamos. De acuerdo al punto de vista de la Iglesia, el dinero era un objeto inanimado y no podía reproducirse por sí mismo. Al cobrar intereses, los judíos trataban al dinero como si estuviera vivo, y de ese modo lo sexualizaban. La avaricia judía, revelada por la trata de blancas, mostraba su énfasis en lo material y la carnalidad, en vez de los valores espirituales, que eran más nobles. Tanto los judíos como las prostitutas, entonces, eran seres carnales y enfermos, forasteros que podían pervertir el tejido social (Gilman 1991: esp. 76-97, 119-24; Mosse 1985: 133-152).

Uno puede hallar la mayoría de estos temas en los escritos de los nacionalistas. Quizá su acusación sexual más común contra los judíos era que ellos habían iniciado y organizado la trata de blancas en la Argentina. El nacionalista Augusto Gozalbo observó que los tratantes judíos habían internacionalizado el tráfico de mujeres, tal como los banqueros judíos habían internacionalizado las finanzas. El padre Napal reunió varios de los ‘demonios’ de los nacionalistas al afirmar que algunos de los líderes de Zwi Migdal, la banda de prostitución judía, eran comunistas (*La Nueva República* 1930; Napal 1933: 256-7).

Era cierto que judíos participaban en tales actividades. Tratantes judíos ofrecían dinero a familias pobres en el Imperio Ruso para casarse con sus hijas y las colocaban en burdeles en la Argentina y otros lu-

gares. *Madames* y rufianes y judíos de la infame banda Zwi Migdal sobornaban a oficiales de la policía y a políticos. Cuando el sistema judicial finalmente empezó a procesar a los integrantes de esta organización criminal, a fines de la década del veinte, la publicidad resultante se convirtió en una útil herramienta para los nacionalistas. Sin embargo, los judíos no necesariamente controlaban el tráfico de mujeres, ni todas las prostitutas eran inocentes “esclavas blancas”. En tanto que los judíos podrían haber constituido la mayoría de los tratantes y las prostitutas legalmente registradas en los albores del siglo veinte, las estadísticas oficiales no tomaban en cuenta a las prostitutas que no se habían registrado. Entre ellas, el porcentaje de mujeres nacidas en el país (y por lo tanto no-judías) era alto. Además, la participación judía en este tráfico disminuyó con el paso del tiempo, mientras que la participación de otras mujeres extranjeras y criollas aumentó. Muchas de las prostitutas judías y no-judías ya habían ejercido este oficio en Europa y sabían cuál iba a ser su futuro en la Argentina. Ellas y otras entraron a los burdeles por su propia voluntad (Guy 1991).

En última instancia, el verdadero alcance del papel judío en el comercio sexual probablemente les importaba poco a los nacionalistas. Aun si los judíos no hubiesen estado vinculados al tráfico internacional de mujeres, los derechistas radicales habrían tal vez inventado dicha vinculación. Las otras características que los nacionalistas atribuían a los judíos y la influencia ideológica europea ayudaron a hacer dicho vínculo inevitable.

Una de esas características era una sensualidad inherente. Según Meinvielle, únicamente la “descendencia carnal” de Abraham determinó la condición de los judíos como “el pueblo elegido”. Al asumir que la gloria de Cristo emanaba de su linaje, y que era un líder político destinado a crear un imperio judío, ellos cometieron el pecado de “carnalizar las divinas promesas”. Así, demostraron que ellos abogaban por la carne, mientras que los cristianos abogaban por el espíritu. Su avaricia y su preocupación por mínimos preceptos y por la limpieza sirvieron como prueba adicional de su naturaleza mundana. Los judíos eran los maestros de civilizaciones basadas en las consideraciones económicas, como las capitalistas o comunistas, puesto que ellos tenían la hegemonía sobre lo carnal. Bajo este tipo de régimen, que Meinvielle claramente consideraba como pecaminoso, los cristianos eran los esclavos. Ellos sólo podían ser maestros de una civilización espiritual, que suprimiera a los judíos y su sensualidad (Meinvielle 1936: 16-19, 26-30, 91, 94).

La sexualidad era parte de esta supuesta carnalidad judía, y ambas se evidenciaban en el Talmud. Es dudoso que los autores nacionalistas y derechistas ca-

tólicos hayan realmente leído la larga colección de escritos que constituyen la ley judía. Esto no impidió que Guido Glave, Vicente Balda y Gustavo Martínez Zuviría, entre otros, afirmaran que el Talmud era pornográfico porque trataba en gran detalle todos los aspectos de la vida diaria, incluyendo el sexo. Escribiendo en *Criterio*, Balda se refirió a “las torpezas y obscenidades de este libro, que explican bien la poca repugnancia con que los hijos de ese pueblo descuelan por su número y habilidad entros los tratantes de blancas y explotadores de mujeres” (*Criterio* 1931b).

Guiados por este libro “obsceno”, los judíos promovieron la perversión y comercio sexual, lo cual no resultaba sorprendente para los nacionalistas. Sus-tentaron un estilo de pensar sensual y, por lo tanto, anti-espiritual, según Bonifacio Lastra, miembro de la Alianza Libertadora Nacionalista. Puesto que controlaban Hollywood, ellos eran los responsables de las películas inmorales que estaban corrompiendo al mundo. También distribuían “propaganda pornográfica” y se oponían a la monogamia, insistía el padre Gustavo Franceschi, editor de *Criterio*. Los judíos eran tanto comunistas como capitalistas, y como tales habían inventado el amor libre y las otras supuestas costumbres sexuales de la Unión Soviética que tanto repelían a los nacionalistas. En la Argentina, no sólo dominaban los burdeles, sino también los cabarets (Lastra 1944: 152; Franceschi en *Criterio* 1933; Balda en *Criterio* 1931a; *Clarín* 1937).

Aun fuera del tráfico de la prostitución, los hombres judíos supuestamente degradaban a jóvenes e inocentes mujeres cristianas. Ana Cecilia Fuentes relataba la historia de una joven pura y devota que, manipulada por un maligno novio judío, se convirtió en una vulgar mujer de la vida fácil, dominada por las “bajas pasiones”. Y este caso no era la excepción, señalaba Fuentes. Esta joven mujer podía estar entre muchas que se congregaban en los *boîtes*, casi todas ellas propiedad de judíos, donde los cigarrillos, el licor adulterado por los judíos y la sensual música judía las atontaba, dejándolas así más susceptibles a la corrupción (*Clarín* 1942).

Los fervientes católicos entre los nacionalistas consideraban a los judíos el Anticristo, y por ende, bestiales. Uno no debería culpar a los judíos por su comportamiento, señalaba Nacionalismo Argentino, ya que “los animales que han sido perseguidos se vuelven salvajes y lo siguen siendo aun cuando vivan en contacto con los hombres; lo tienen en la sangre”. Quizá era esta cualidad bestial la que había incitado a los judíos a violar a muchachas cristianas. Meinvielle aprobaba la costumbre medieval europea de encerrar a los judíos en sus guetos por la noche, para así prevenir “las perversidades de los judíos” – bestiales actos llevados a cabo bajo cobijo de la os-

curidad (Nacionalismo Argentino 1935: 24; Silveyra 1936: 65; Meinvielle 1936: 83).

Mientras los nacionalistas criticaban lo que consideraban la endogamia y el separatismo de los judíos, al mismo tiempo temían el matrimonio entre judíos y católicos, y otras formas de contacto entre ellos. Meinvielle, por ejemplo, quería aislar a los judíos para evitar que contaminaran a los cristianos o hicieran presa de ellos. Gustavo Martínez Zuviría, futuro ministro bajo un gobierno militar influido por los nacionalistas, adoptó una postura similar. Escribiendo bajo el pseudónimo Hugo Wast, publicó una novela, **Kahal-Oro** (1935), en la cual daba a entender que había descubierto una conspiración judía para dominar las finanzas y gobierno de la Argentina. Según Wast, una de las técnicas utilizadas por los conspiradores judíos para alcanzar esta meta era el arreglar matrimonios entre sus hijos y las hijas de la clase alta argentina. Esta “penetración” sexual simbolizaba la más grande infiltración judía a los negocios y la sociedad; para los nacionalistas, ambas eran anatema (Lvovich 1999: 132, 136; Finchelstein 2002).

Pocos nacionalistas abordaban específicamente el tópico de la sexualidad judía masculina, pero aquellos que lo hicieron la consideraban excesiva y desenfrenada. Tomándolas prestadas de los nazis, **Clarín** publicó caricaturas de judíos “con el órgano sexual erecto amenazando a su entorno con el contagio”. Al mismo tiempo, estas imágenes de cuerpos deformados y enfermizos imbuidos de una nerviosa hipersexualidad eran, paradójicamente, afeminados. La masculinidad de los hombres judíos era sospechosa (Finchelstein 2002 y 1999: 126, 142). De hecho, los judíos representaban lo opuesto del modelo nacionalista de la virilidad.

Conclusiones

PARA la Liga Patriótica Argentina y los nacionalistas, el orden social ideal no era más que su concepto del orden sexual ideal en versión gigante, es decir, llevado al plano de la nación entera. La jerarquía dentro de la sociedad significaba jerarquía dentro del hogar, con el varón heterosexual como el jefe de la familia, y una estricta división de los atributos de género. Los hombres eran dueños de su propiedad y la controlaban, lo cual incluía los cuerpos de las mujeres. Dos propósitos del matrimonio y la familia eran que uno pudiese refrenar las pasiones, fueran sexuales o de otra naturaleza, e impartir esta restric-

ción a los hijos. Cualquier cosa que socavara o alterara estas condiciones amenazaba el statu quo; por ejemplo, los apetitos sexuales excesivos ponían en peligro a la familia y simbolizaban los apetitos de la clase trabajadora por el poder político y económico, lo cual a su vez ponía en peligro el orden existente.

Los nacionalistas ampliaron estas formulaciones. Construyeron un culto a la virilidad masculina que celebraba la fuerza, la austeridad y el renunciamiento sexual, por lo menos fuera del matrimonio. Los hombres preocupados con los placeres mundanos no podían concentrarse en las tareas vitales de crear un poderoso estado corporativista y un nuevo orden espiritual. El culto nacionalista a la femineidad enfatizaba la pasividad y un sentido mariano de la maternidad, ninguno de los cuales auguraba una sexualidad plena. Así, para este movimiento político, la verdadera masculinidad y femineidad eran incompatibles con la sensualidad. De hecho, la sensualidad no sólo ponía en riesgo el control social, sino que también contradecía los principios de la civilización cristiana. La crítica nacionalista a la pornografía, la vida nocturna, la ropa demasiado reveladora y la industria cinematográfica revelaba una fuerte influencia católica, como también ocurría con su antisemitismo. Creían que el liberalismo, el marxismo, el feminismo, el capitalismo internacional y otros enemigos ponían en peligro el orden social y la moral sexual que lo cimentaba.

Mayormente ausentes de las preocupaciones de la Liga Patriótica Argentina, los judíos estaban detrás de todos los enemigos percibidos por los nacionalistas. El antisemitismo tal vez no era el meollo de la ideología nacionalista, pero destacaba su extremismo. Recurriendo a ideas comunes en Europa y particularmente entre los fascistas, los nacionalistas identificaron a los judíos con la sensualidad que despreciaban y temían. Para ellos, los judíos monopolizaban la prostitución y los centros nocturnos; diseminaban la promiscuidad sexual; creaban y distribuían literatura, música y películas insinuantes; y en general abogaban por la carnalidad. Desenfrenada y bestial, la sexualidad de los hombres judíos no sólo corrompía a inocentes mujeres católicas, sino que servía como medio para inficionar la sociedad argentina. Todas las fuerzas políticas a las que los nacionalistas se oponían estaban, en opinión de ellos, entrelazadas con el judaísmo. Los judíos representaban una multifacética amenaza a la estabilidad social y sexual que los nacionalistas favorecían.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bandera Argentina (1932). 23 agosto; s.p.
- Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (eds.) (1983). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: CEAL.
- Buchrucker, Cristián (1987). *Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Burleigh, Michael y Wolfgang, Wipperman (1991). *The Racial State: Germany 1933-1945*. Cambridge, Eng.: Cambridge Univ. Press.
- Carulla, Juan E. (1931). *Valor ético de la revolución del 6 de setiembre 1930*. Buenos Aires: s.e.
- Clarín (1937). 12 julio; p. 19.
- (1938). Junio; p. 54.
- (1942). Noviembre; p. 14.
- Criterio (1931a). No. 152, 29 enero; p. 142.
- (1931b). No. 154, 12 febrero; p. 207.
- (1933). No. 289, 14 septiembre; p. 30.
- (1930). No. 593, 13 julio; p. 248.
- Deutsch, Sandra McGee (1999). *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Ferla, Santiago (1947). *Doctrina del nacionalismo*. Buenos Aires: Rafael.
- Finchelstein, Federico (2000). "Los nacionalistas: rituales y prácticas sociales y culturales. El caso del mito del general Uriburu (1932-1936)". Univ. de Buenos Aires, tesis de licenciatura.
- (2002). "Sexo, raza y nacionalismo. La construcción católica del estereotipo corporal judío en Argentina"; aparecerá en: Maria Luiza Tucci Carneiro (ed.), *Antisemitismo nas Américas*. São Paulo: Editora Perspectiva.
- La Fronda (1933). 1 oct.; p. 1.
- Gálvez, Manuel (1934). *Este pueblo necesita*. Buenos Aires: A. García Santos.
- García, Alicia S. y Rodríguez Molas, Ricardo (eds.) (1988). *Textos y documentos. El autoritarismo y los argentinos. La hora de la espada (1924-1946)*. Buenos Aires: CEAL.
- Gilman, Sander L. (1991). *The Jew's Body*. New York: Routledge.
- Glave, Guido (1936). *Economía dirigida de la democracia corporativa argentina*. Buenos Aires: Imprenta Luis L. Gotelli.
- Guy, Donna J. (1991). *Sex and Danger: Prostitution, Family, and Nation in Argentina*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Ibarguren, Carlos (1933). *La crisis política del mundo*. Buenos Aires: López.
- Ibarguren, Federico (1969). *Orígenes del nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Calcius.
- Lagos, M. J. (1923). *El programa de la Liga Patriótica Argentina y la educación por el ejemplo (Como una consagración del concepto Patria)*. Buenos Aires: s.e.
- Lastra, Bonifacio (1944). *Bajo el signo nacionalista*. Buenos Aires: Editorial Alianza.
- Liga Patriótica Argentina (1920). *Primer Congreso de Trabajadores*. Buenos Aires: L.J. Rosso.
- (1921a). *Catecismo de la doctrina patria*. Buenos Aires: se
- (1921b). *Definición de la Liga Patriótica Argentina (Guía del buen sentido social)*. Buenos Aires: s.e.
- (1922). Comisión de Señoritas. *Sus escuelas de obreras en las fábricas*. Buenos Aires: s.e.
- (1923). *Cuarto Congreso Nacionalista*. Buenos Aires: A. Baiocco.
- (1924). *Quinto Congreso Nacionalista*. Buenos Aires: A. Baiocco y Rivadavia.
- (1927). *Octavo Congreso Nacionalista*. Buenos Aires: Caporaletti.
- (1928). *Noveno Congreso Nacionalista*. Buenos Aires: P. Ventriglia.
- Lugones, Leopoldo (1962). *La grande Argentina*. 2a. ed.; Buenos Aires: Huemul.
- Lvovich, Daniel (1999). "Una mirada sobre el antisemitismo de la década de 1930: El Kahal-Oro de Hugo Wast y sus comentaristas", *Cuadernos del CISH* 5; pp. 132, 136.
- Meinvielle, Julio (1936). *El judío*. Buenos Aires: Antídoto.
- Mosse, George L. (1985). *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*. Madison: University of Wisconsin Press.
- El Nacionalismo Argentino (1935). *Voz nacionalista*. Buenos Aires: s.e.
- Napal, Dionisio R. (1933). *El imperio soviético*. 6a. ed.; Buenos Aires: López.
- La Nueva República (1928). No. 12, 28 abril; p. 1.
- (1930). No. 60, 30 agosto; p. 2.
- Osés, Enrique P. (1968). *Medios y fines del nacionalismo*. 2a. ed.; Buenos Aires: Sudestada.
- Silveyra, Carlos M. (1936). *El comunismo en la Argentina. Origen - desarrollo - organización*. Buenos Aires: López.
- Villafañe, Benjamín (1935). *Hora oscura. La ofensiva radical extremista contra la sociedad argentina*. Buenos Aires: s.e.